

Ascenso de lo irracional

En sociedades presididas en principio por la racionalidad, cuando ésta se diluye o se disloca, los ciudadanos se ven tentados a recurrir a formas de pensamiento prerracionalistas

IGNACIO RAMONET

Arruinado por el cataclismo bursátil de octubre de 1987, un pequeño inversor se colgó unos días más tarde en Madrid, en un parque¹. Para explicar su gesto, el desesperado dejó una carta en la que denunciaba “los abusos y el canibalismo de los agentes de cambio de la Bolsa respecto a los pequeños ahorradores”. Contaba también cómo, después de haber decidido suicidarse el 28 de octubre, se había dado una prórroga y había decidido someterse de alguna manera al juicio de Dios:

dieron también, en noviembre de 1987, los notables católicos de una ciudad italiana. Hicieron celebrar al cura local una misa solemne a fin de conjurar la caída en las cotizaciones². ¿Cómo no dirigir los ojos a Dios cuando todo se hunde alrededor de uno? ¿Cuando las propias *ciencias* económicas se revelan incapaces de aportar correcciones lógicas a las furiosas desreglamentaciones de la economía mundial? Desreglamentaciones y distorsiones que los especialistas no dudan en calificar de *irracional*es.



Imagen de la 'web' de la secta suicida Puerta del Cielo.

“Tuve como la iluminación de que Dios existía y que, tal vez, mi destino no era el suicidio”. Consagró entonces el resto de sus ahorros a comprar billetes de lotería y a jugar a la bonoloto. Para ver “si Dios ponía algo de su parte y me ayudaba a salir”. Pero el cielo permaneció desesperadamente silencioso. La suerte no le sonrió, y el hombre acabó ahorcándose.

Recurrir a Dios para salvar la Bolsa y hacer remontar las acciones es lo que deci-

La crisis económica actual provoca, por su brutalidad, efectos de pánico y de desequilibrio mental en distintos ámbitos. En sociedades presididas en principio por la racionalidad, cuando ésta se diluye o se disloca, los ciudadanos se ven tentados a recurrir a formas de pensamiento prerracionalistas. Se vuelven hacia la superstición, lo esotérico, lo ilógico, y están dispuestos a creer en varitas mágicas capaces de transformar el plomo en oro y a los sapos en prín-

cipes.

Cada vez son más los ciudadanos que se sienten amenazados por una modernización tecnológica brutal y se ven impelidos a adoptar posturas recelosas antimodernistas. Puede constatarse que la actual racionalidad económica despreciativa hacia el hombre favorece el ascenso de un irracionalismo social.

Ante tantas transformaciones incomprensibles y tantas amenazas, muchos creen asistir a un eclipse de la razón. Y se ven tentados por la huida hacia una imagen irracional del mundo. Algunos se vuelven hacia paraísos artificiales como la droga o el alcohol, o hacia paraciencias y prácticas ocultistas. ¿Es sabido que en Europa cada año más de 40 millones de personas consultan a videntes o curanderos? ¿Que una persona de cada dos afirma ser sensible a los fenómenos paranormales?

Sectas iluministas, similares a la de los davidianos de Waco, a la del Templo Solar, a la Puerta del Cielo, se multiplican, así

como numerosos movimientos milenaristas que podrían contar con más de 300.000 adeptos en Europa.

Michel Foucault, en sus cursos en el Colegio de Francia, solía decir que la verdad, contrariamente a lo que se cree, no es absoluta, estable ni unívoca. “La verdad tiene

una historia –afirmaba– que, en Occidente, se divide en dos periodos: la edad de la verdad-rayo y la de la verdad-cielo”. La verdad-rayo es la que es desvelada en una fecha precisa, en un determinado lugar y

por parte de una persona elegida por los dioses; como, por ejemplo, el oráculo de Delfos, los profetas bíblicos o, aún hoy, el Papa hablando *ex cathedra*. La verdad-cielo, por el contrario, se establece para todos, siempre y en todas partes: es la de Copérnico, Newton y Einstein.

La primera era ha durado milenios; y la pasión de la verdad revelada ha suscitado multitud de celadores, oleadas de heresiarcas e incansables constructores de inquisiciones. La segunda era, la de la verdad basada en la razón científica, comienza por así decirlo en el siglo XVIII, pero también tiene sus *grandes sacerdotes*; y Michel Foucault no excluía que un día éstos, en defensa de su propia visión de las cosas y de sus prerrogativas, recurran a argumentos poco diferentes de los adeptos de las eras oscuras.

Pudo verificarse lo anterior con motivo del *Llamamiento de Heidelberg*³, firmado por 264 científicos, de ellos 52 premios Nobel, denunciando a la ecología como “emergencia de una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial”. Llamamiento hecho público con motivo de la Cumbre de Río de junio de 1993, en un momento en el que la gente se preguntaba precisamente si el hombre no se encontraba “amenazado por la ciencia”⁴.

Preguntas tanto más pertinentes cuanto que, bajo el pretexto del *progreso industrial*, las catástrofes ecológicas no han cesado de repetirse en los últimos años en todo el planeta, como las de la Isla de las Tres Millas (200.000 personas evacuadas), de Seveso (37.000 contaminadas), de Bhopal (2.800 muertos y 20.000 heridos), de Chernóbil (300 muertos y 50.000 irradiados), de Guadalajara (200 muertos y 20.000 sin casa), de la sangre contaminada, de las hormonas del crecimiento, del amianto, de las *vacas locas*, del tabaco, del diésel...

Los más diversos cataclismos de nuevo tipo (en los últimos veinte años hubo, por ejemplo, alrededor de mil mareas negras y más de 180 accidentes químicos graves, que costaron la vida a unas 8.000 personas y

Cada vez son más los ciudadanos que se sienten amenazados por una modernización tecnológica brutal y se ven impelidos a adoptar posturas recelosas antimodernistas



Cartel del 'Frankenstein' de James Whale de 1931.

heridas a más de 25.000) contribuyeron a arruinar la esperanza de los que esperan de la ciencia moderna que haga entrar a la humanidad en una nueva edad de oro. El *Llamamiento de Heildelberg*, en el que algunos han creído percibir “las premisas de un nuevo científicismo”⁵, no cambia nada, ni disipa la suspicacia y la desconfianza hacia la tecnología.

De hecho, son muchos los ciudadanos que consideran que la alianza del capital, la industria y la ciencia constituye una traición a la ética de esta última, y que una concepción mercantil del progreso es responsable de algunos de los problemas más graves a escala planetaria. Compromisos apáticos y recomendaciones átonas no harán más que retrasar las inevitables apuestas y la toma de las decisiones más difíciles, mientras que el planeta permanece a la deriva, hacia una catástrofe ecológica global⁶. Mientras, los ciudadanos siguen asistiendo, angustiados, a la desaparición de los bosques, la devastación de los pastos, la erosión de la tierra, el avance de los desiertos, la rarefacción del agua dulce, la contaminación de los océanos, la explosión demográfica, la extensión de las pandemias y la pobreza. Son cada vez más las personas que siguen convencidas de que la ciencia ya no puede hacer nada por el planeta ni por ellas, y de que el progreso, cuando está pilotado exclusivamente por el interés mercantil, es, en definitiva, *la madre de todas las crisis*.

Retorno a lo irracional

En el transcurso de las precedentes crisis económicas de los países más industrializados, se asistió a movimientos masivos de retorno a lo irracional. El continente europeo conoció también, durante la gran depresión de los años treinta, un momento en el que los mitos arcaicos resurgieron con un dinamismo esencialmente instintivo y emocional. La derrota del modernismo, la crisis económica, el desasosiego social y la aspiración identitaria provocaron entonces una especie de desencanto del mundo y favorecieron, especialmente en Alemania, una fascinación por lo irracional que fue capitalizada por la extrema derecha. “Muchos de los ciudadanos alemanes –escribe el ensayista Peter Reichel– querían abstraerse de un presente que no entendían y prefirieron precipitarse en un universo engañoso”⁷.

En la Alemania de los años veinte, la derrota militar seguida de la hiperinflación y de la bancarrota provocaron una fuerte inclinación hacia las prácticas ocultistas, lo sobrenatural y lo maravilloso. Como lo muestra, entre otros hechos, el gran éxito popular de películas expresionistas como *El gabinete del doctor Caligari*, *Nosferatu*, *El Golem*, *El doctor Mabuse*, *M el vampiro negro* y *Metrópolis*... Analizando estas imágenes demoníacas, el historiador Sigfried Kra-

cauer mostró en qué medida fue directo el camino que condujo “de Caligari a Hitler”⁸.

Ya en 1930, el escritor Thomas Mann ponía en guardia a los ciudadanos contra los riesgos políticos de una época de miseria cultural, mientras en torno a él se multiplicaban las ideologías escapistas, las sectas, las prácticas parapsicológicas y se oscurecía la razón. Su *magó* (de la novela *Marío y el magó*), un hipnotizador, es una alusión clara a Benito Mussolini. Traumatizados por la complejidad de la crisis, empobrecidos, desorientados, los ciudadanos alemanes abandonaron su voluntad, su libre arbitrio, su confianza en el proceso racional, por la deriva de lo irracional, y poco a poco se dejaron ganar por el oscurantismo y el culto al jefe: “Las masas empezaban a pensar que las mayores calamidades que les agobiaban no podrían encontrar solución mediante razonamientos lógicos sobre la realidad, sino empleando medios que la eluden, como los de la magia, ya que ciertamente es más cómodo y menos penoso soñar que pensar”⁹. “El campo estaba abonado –diría Thomas Mann– para la fe en Hitler”.

En Estados Unidos, el pánico creado por el *crack* bursátil de 1929 (que comenzó el 23 de octubre y duró hasta el 13 de noviembre) y por la terrible depresión que provocó iba a suscitar igualmente un aumento del irracionalismo. Allí también el cine apareció como el mejor testigo de este turbio gusto del público. Hollywood aprovechó para lanzar una serie de filmes fantásticos y de terror de extraordinario éxito popular. Los personajes de pesadilla de *Frankenstein*, *Drácula*, *La momia*, *King Kong*, *La isla del doctor Moreau*... iban a exorcizar los espantos de las víctimas de la crisis. El encantamiento del cine (es el comienzo del sonoro) disipa entonces y transforma las angustias de una mediocre vida cotidiana, como lo ha mostrado magistralmente Woody Allen en *La rosa púrpura del Cairo* (1985).

Son muchos los que consideran que la alianza del capital, la industria y la ciencia constituye una traición a la ética de esta última

El comienzo de la década de los treinta es también en Estados Unidos el tiempo de los charlatanes pseudoreligiosos como Elmer Gantry, el héroe de la novela de Sinclair Lewis. La época de una floración insólita de los juegos, las loterías de todas clases, los horóscopos (aparecen por vez primera en la prensa francesa en 1935) y de concursos absurdos como los *maratones de danza* que denunciará Horace McCoy en su célebre novela *¿Acaso no matan a los caballos?* (1935), que sirvió de guión a la película *Danzad*,



Las niñas de Garabandal en uno de sus éxtasis marianos.

danzad, malditos.

Paro, bajos salarios, quiebras innumerables, bancarrotas ruinosas, la crisis y la depresión se abaten con una violencia inusitada sobre los ciudadanos estadounidenses confiados y despreocupados. Para su mayor desgracia, van a constatar la increíble incompetencia de sus dirigentes políticos y la incapacidad de éstos para afrontar la tormenta económica y para dominar los peligros. En primer lugar, el propio presidente de Estados Unidos Herbert Hoover, un ultraliberal que reconocía en 1930 que “jamás creí que nuestra forma de gobierno fuera a resolver de manera satisfactoria los problemas económicos por una acción directa, ni que pudiera gestionar con éxito las instituciones económicas”¹⁰. Y sobre todo el secretario del Tesoro, Andrew Mellon, que no duda en gritar a la cara de catorce millones de parados: “¡Viva la crisis! Ésta purgará –añade– la podredumbre que infecta al sistema. El coste de la vida, demasiado elevado, y el nivel de vida, excesivo, bajarán. La gente trabajará más duro y llevará una vida más moral. Los valores bursátiles encontrarán un nivel de ajuste, y la gente emprendedora recogerá los restos abandonados de los menos competentes”¹¹. Ante estas declaraciones, que las víctimas de la crisis y del paro perciben como cínicas, la duda se instala entre ellas, así como el escepticismo y la desconfianza respecto a la clase política. En tales circunstancias, los principios mejor establecidos vacilan, amenazan con hundirse. Y proposiciones antiparlamentarias, antidemocráticas, que antes hubieran sido

La asociación televisión-deporte-nacionalismo conjuga los tres fenómenos principales contemporáneos de masas, las tres fascinaciones centrales de este fin de siglo

rechazadas enérgicamente, encuentran numerosos oídos receptivos.

En los años 1971-1973, al final de un periodo de treinta años de crecimiento y prosperidad, el retorno del espectro del paro y de la recesión hace reaparecer, en el campo del imaginario sociocultural, nuevas ficciones de crisis, como por ejemplo las películas con catástrofe: *Terremoto*, *747 en peligro*, *El coloso en llamas*, *La aventura del Poseidón*, etcétera¹². Estas historias señalan con bastante precisión la entrada de las sociedades industriales en una nueva era de angustia social.

En el transcurso de los últimos veinticinco años, a medida que se degradaba la situación económica y aumentaba el número de los excluidos y de los abandonados por la crisis, las sectas modernas se multiplican, así como las nuevas supersticiones. Como si en el lento movimiento de las mentalidades, entre el terreno ganado por la racionalidad técnica y el perdido por las religiones tradicionales, quedara una especie de *tierra de nadie* que ocuparían las nuevas creencias o las formas arcaicas de religiosidad.

La nueva pobreza y las confusas angustias que ella suscita explican, por ejemplo en Europa, el renacimiento extraordinario de las peregrinaciones. Y, como en las peores épocas de desesperación popular, ciertos fieles creen ver de nuevo incluso apariciones de la Virgen María. En abril de 1982, en La Talaudière (Indre), una adolescente aseguró haber visto a la Virgen¹³. Rápidamente, como locos, acudieron millares de peregrinos y de enfermos de todo el país, y también de Bélgica, Países Bajos, Suiza, Italia... Se reunían en el jardín donde se produjo la aparición y esperaban una señal del cielo... En septiembre de 1984, María reapareció en Montpinchon (Normandía), donde tres testigos creyeron verla “radiante, con los cabellos rubios y los brazos extendidos”¹⁴. Allá también llegaron rápidamente miles de peregrinos desamparados, con la esperanza de que se produjera una nueva

aparición. Si no se produce, acudirán en peregrinación, al igual que otras 300.000 personas cada año, a Kerinizen (Finistère), donde aún vive una vieja dama visionaria, Jeanne-Lousie. Durante treinta años la Virgen se le habría

aparecido setenta y una veces y le habría dicho: “Yo quiero recristianizar Francia a fin de que se convierta en la luz de los pueblos paganos...”¹⁵. Otros peregrinos (un millón y medio de media por año) se dan cita en el 140 de la rue du Bac de París, en la capilla de *la medalla milagrosa*. Esta meda-

lla es la que la Virgen, durante una aparición el 27 de noviembre de 1830, habría hecho grabar para “conceder grandes gracias” y que llevaba al cuello Bernadette Soubirous en 1858, cuando ella misma vio a la Virgen en Lourdes, a la entrada de una gruta a la que acuden a rezar cada año más de cuatro millones de peregrinos...

Este renacimiento de la religión popular¹⁶, del culto a los santos sanadores, animado por la jerarquía más conservadora de la Iglesia, coincide precisamente con el retorno de los tiempos duros; cuando hay que remitirse a confiar en la Providencia y, literalmente, a confiar en los milagros¹⁷.

Pero se cree con más fuerza aún en los viejos mitos paganos del destino, de la fortuna; y, tres mil años después de los caldeos, se invoca el poder de los astros “que rigen, con una voluntad inflexible, todo el Universo”. Aún sabiendo que estas creencias son incompatibles con el espíritu científico, los ciudadanos, intimidados por los riesgos de los nuevos tiempos, se adhieren a razonamientos absolutamente ilógicos y a supersticiones abracadabrantas. Desafían de esta

visión que derraman, ante los ojos pasmados de tantos excluidos, una insólita lluvia de millones sobre los felices agraciados...

Deporte, dinero y medios

También el espectáculo del deporte, en estos tiempos de neoscurantismo, se convierte en un *opio del pueblo*. Permite descargar la agresividad contenida, interiorizada; se plantea como una especie de sustituto de la guerra. Ciertamente por otros medios, pero es la metáfora de la guerra, del enfrentamiento, de la violencia.

Y todo ello desde un principio, cuando los griegos inventaron los Juegos Olímpicos como una especie de tregua que prolongaba los enfrentamientos, pero bajo una forma ritualizada, sostenida en pruebas basadas en las disciplinas militares: carrera a pie, salto, lucha, lanzamiento de jabalina, de martillo, etcétera. ¿Es casual que una de las pruebas más emblemáticas –la maratón– recuerde la célebre batalla ganada por el general ateniense Milciades contra los persas en 490 antes de Cristo?

En Roma, también durante la antigüedad, los juegos eran, por definición, justas mortales en las que se enfrentaban entre sí los gladiadores, guerreros de elite, ofreciendo a las masas de las gradas el espectáculo de la muerte en directo.

En el medievo, lo que más se asemejaba al deporte moderno era el torneo, en el que se enfrentaban caballeros con armadura. Los aullidos de dolor, las heridas, los huesos quebrados, los esteriores de los caballos, la sangre... tales eran los ingredientes de aquellos espectáculos coloristas, de los que únicamente las corridas de

toros, con su mezcla de bravura, violencia y crueldad, pueden darnos una idea.

El deporte, tal como hoy lo conocemos, se inventa en Inglaterra hacia mediados del siglo XIX, precisamente para ayudar a evacuar de la sociedad la violencia en su forma más brutal. El deporte se propone explícitamente canalizar las tensiones, particularmente exacerbadas con el desarrollo del mundo industrial, confiriéndoles una forma simbólica, ritual; encuadrándolas con leyes y reglamentos. Así, el choque, el enfrentamiento, serán lícitos, el combate tendrá lugar, pero según leyes y normas que eviten por lo general (el boxeo es una excepción) herir al adversario.

Hay asociaciones que predicán también el desarrollo de las prácticas deportivas con el fin de formar mejor a los jóvenes para los retos que les esperan en el seno de los ejércitos que participan en las conquistas colo-



El fútbol levanta pasiones desaforadas en todo el mundo.

forma, aún sin confesarlo, los criterios de una racionalidad científico-tecnológica que no siempre da respuesta a sus obsesiones inmediatas (paro, sida, sangre contaminada, *vacas locas*, cáncer, soledad, inseguridad, etcétera). Habiendo erigido como emblema de las sociedades liberales el eslogan “que gane el mejor”, cada cual busca demostrarse a sí mismo, más allá de las contingencias sociales objetivas, que puede ser un ganador, un triunfador. Y esto por medio de los juegos de azar.

El azar ocupa entonces el lugar de lo sagrado. Y es, a la vez, fascinante y terrorífico. Alrededor de nosotros proliferan toda clase de loterías y juegos de pronósticos deportivos... Y se asiste a la explosión, especialmente delirante, de los juegos-concurso propuestos por almacenes, marcas de productos, publicaciones y diarios. Por no hablar de las numerosas emisiones de tele-

niales en África y Asia, partiendo del principio de que un buen deportista es un buen guerrero.

Pero, con el desarrollo de la gran prensa, el deporte se convierte también en un espectáculo sobre el cual los ciudadanos transfieren muy pronto las pasiones nacionales. Deporte de masas, medios de masas y regímenes de masas forman una tríada inseparable en la Europa de los años treinta. El deporte sirve de propaganda, particularmente a los regímenes mussoliniano y hitleriano. Más tarde, los regímenes de tipo estalinista imitarán este sistema y no dudarán en meterse en las peores prácticas de selección, de adiestramiento, de condicionamiento y de dopaje para fabricar campeones y hacer de ellos los portaestandartes de su política.

Más recientemente, se ha constituido otra tríada igualmente perniciosa: financieros, deportistas, medios. El dinero se ha convertido en el motor esencial del deporte. Por medio de la publicidad que difunden las cadenas de televisión cuando retransmiten deportes como el fútbol, el tenis, el hockey, el rugby...

El dinero y la televisión lo han acelerado todo. El éxito de las retransmisiones deportivas a través de la pequeña pantalla está ligado esencialmente a la especificidad misma de la televisión. Cuando se desarrolló la televisión, en los años treinta, únicamente podía trabajar en directo a causa de sus limitaciones tecnológicas. Habrá que esperar a 1957, con la invención del magnetoscopio por parte de la sociedad Ampex, para que pueda ganar soltura y funcionar a partir del diferido y el montaje magnético. Existe pues, en sus inicios, una fuerte adecuación entre los acontecimientos con vocación de ser transmitidos en directo y la televisión. Y entre estos acontecimientos, los que se imponen más rápidamente son las competiciones deportivas.

La expansión de la televisión como medio de masas está íntimamente ligada a la difusión de ciertos deportes. En Estados Unidos, esta expansión se da en los años cuarenta y cincuenta gracias a la difusión intensiva de tres deportes: fútbol americano, béisbol y boxeo. En Francia, se produ-

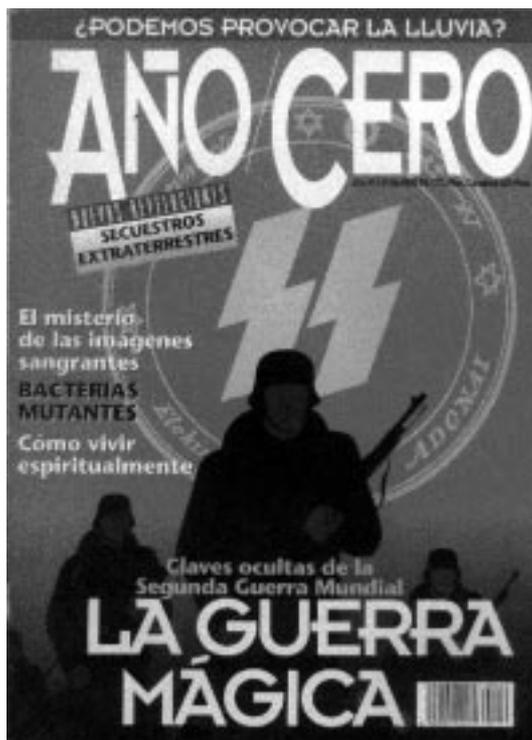
ce un fenómeno idéntico hacia el final de los años cincuenta, cuando la televisión se convierte en un medio importante difundiendo las pruebas de dos deportes reyes: rugby y ciclismo. En Italia y España, se tratará de fútbol y ciclismo. Estos deportes y la promesa de poder verlos en tiempo real, de seguir en directo las llegadas del Tour de Francia, van a favorecer la expansión de la televisión como medio de masas y *opio del pueblo* elevado al cuadrado.

La televisión añade un complemento visual que permite captar mejor la complejidad y la riqueza de la prueba deportiva. Para retransmitir un encuentro, se sitúan ya sobre el terreno una quincena de cámaras, es decir, hay quince miradas diferentes que siguen el balón, la acción, las estrategias de ataque, de defensa, etcétera. Mientras que el espectador desde las gradas no cuenta más que con sus dos ojos para verlo todo; y esto se revela insuficiente para ver el partido desde todos sus ángulos, al ralenti, desde muy cerca, etcétera.

La mediatización del deporte favorece su politización. Históricamente, la organización de las grandes pruebas deportivas ha respondido de forma general a presupuestos ideológicos. Por ejemplo, la restauración de los Juegos Olímpicos, en 1896, reflejaba la ideología de su fundador, Pierre de Coubertin, que tenía una concepción muy aristocrática de la sociedad. Y, aunque se trataba de un proyecto humanista, en algunos de

sus textos se percibe claramente que se trata de una cuestión de *sociedad de elite*, blanca y masculina. No puede hablarse realmente de *mediatización* del deporte a finales del siglo XIX, cuando renacen los juegos, pero ya entonces las ideas de disciplina, esfuerzo, organización, pueden ser recuperadas por el discurso político.

Pudo verse la explotación política que hizo del fútbol el fascismo italiano. Los años veinte fueron los de la construcción de grandes estadios en Italia, que organizó un campeonato mundial, elaboró la puesta en escena de los encuentros y explotó al máximo las victorias del equipo nacional, presentando como un auténtico sustituto de la nación misma, encarnando sus cualidades principales. De esta forma, Mussolini inte-



Los nazis y el ocultismo son un asunto recurrente en las revistas esotéricas.

gró la organización del deporte en un discurso político retomado rápidamente por Hitler y los nazis, y que desembocaría en la organización de los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936, que fueron, recordémoslo, los primeros juegos televisados. Otro ejemplo: el de los Estados comunistas y la excesiva importancia política otorgada por estos regímenes a las victorias deportivas, en particular en lo que se refiere a las competiciones internacionales. En el siglo XX, deporte y política aparecen íntimamente unidos.

Se plantea también el problema de los seguidores de los equipos deportivos. Y puede observarse a grupos de extrema derecha que se constituyen para glorificar a determinados equipos de fútbol. Para ellos, su equipo es, como de alguna forma lo era para Mussolini, la encarnación de los principales valores de su comunidad. Ciertos *hinchas* se tatúan, incluso sobre el rostro, los colores nacionales. *Incorporan*, en el sentido profundo del término, inscribiéndolos en su cuerpo, los colores de su equipo. Y, en períodos turbios como los que vivimos, todas estas actitudes, que podrán parecer meramente folclóricas en tiempos normales, pueden desembocar en la xenofobia y en el rechazo a los que se calificará de *débiles* porque no pertenecen al grupo poseedor de fuerza suficiente para la victoria.

La presión del espectáculo a escala planetaria es tal que algunos que pertenecen a minorías políticas quieren aprovecharse de esta *caja de resonancia* gigantesca para expresarse. Algunas de estas exhibiciones políticas son banalizadas. El primer gesto del campeón, cuando atraviesa la meta, consiste habitualmente en precipitarse hacia su bandera nacional para envolverse literalmente en ella. Esto se convierte en un ritual, en una norma. No hay un solo campeón que no corra hacia el abanderado para hacer una vuelta de honor envuelto en los colores nacionales.

La asociación televisión-deporte-nacionalismo conjuga los tres fenómenos principales contemporáneos de masas, las tres fascinaciones centrales de este fin de siglo. Y esto constituye en sí mismo uno de los hechos políticos importantes de nuestro tiempo, y una componente irracional, una evasión de la dureza social de la época.

Lo irracional alcanza, así, a la política. ¿No ha podido verse durante las elecciones en el Reino Unido y en Francia la aparición de un *Partido de la ley natural* proponiendo con gran seriedad “desarrollar la meditación trascendental” y animando al *vuelo yóguico* para salir de la crisis? El antiguo ministro francés de cultura, el socialista Jack Lang, ¿no hizo construir en la ciudad de Blois, de la que es alcalde, un Centro Nacional de las Artes de la Magia y la Ilusión?

Únicamente el dinero da la felicidad, se ha repetido en los últimos años, en la época del *dinero rey* y del neoliberalismo triunfante, cuando el único objetivo digno en la

vida era enriquecerse. El ciudadano ordinario no tenía otra posibilidad de alcanzar el Paraíso que ganando en una de las múltiples tómbolas mágicas. Pero para ganar es necesario tener suerte, lo que, astrológicamente hablando, es una cuestión de buena estrella. La incertidumbre ante el futuro y el frenesí por los juegos han conducido así, a las hordas de aspirantes a la fortuna, hacia las nuevas generaciones de magos,

La incertidumbre ante el futuro y el frenesí por los juegos han conducido así, a las hordas de aspirantes a la fortuna, hacia las nuevas generaciones de magos, de videntes, de 'extralúcidos'

de videntes, de *extralúcidos*. Por teléfono, por videotexto o simplemente ante las cámaras de televisión, éstos predicen el porvenir, precisan las cifras de la fortuna o los colores de la suerte...

Más de 20.000 brujos modernos, videntes, astrólogos y otros arúspices oficiales, con la ayuda de unas decenas de *morabitos* llegados de África, apenas dan abasto en Francia para responder a la angustiada demanda de unos 4 millones de clientes habituales. El esoterismo se encuentra en plena expansión: la mitad de los franceses consulta regularmente su horóscopo, y la tira-



'Expediente X', la serie de Chris Carter, ha demostrado que una parte importante del público tiene serias dificultades para distinguir ficción y realidad.

da de las revistas de astrología no deja de aumentar (dos de ellas superan los 100.000 ejemplares).

El *boom* de esta industria de la adivinación (tarots, cartas, talismanes, quiromancia, sanadores, radiestesistas) corresponde a una regresión profunda del individuo. De esta forma se empieza por admitir que el *cielo del nacimiento* puede determinar, de forma absoluta, la biografía. Así, el *destino astral* interpretado por el vidente reemplaza en estos tiempos de supersticiones la lectura de los caminos de la Providencia efectuada antaño por los clérigos. El cine, una vez más, refleja adecuadamente la nueva fascinación por los hechiceros y los ángeles, los demonios y las maravillas. Las películas recuerdan con regularidad, y a veces con talento, la actualidad de los temas que eluden frontalmente la razón y la verdad.

El oscurantismo seduce cada vez más a ciertos espíritus desalentados por la complejidad de las nuevas realidades tecnológicas, conmocionados por el irracional horror económico. A favor de este oscurantismo se han expandido ya a través del mundo *revoluciones conservadoras* y diversos fundamentalismos: islamista en Irán, puritano en Estados Unidos, ultraortodoxo en Israel, etcétera.

La sinrazón se nutre de la ignorancia y la credulidad, de los mitos y las pasiones, de la fe y de espantos. Son éstos el alimento de toda religión, de toda superstición

Y podría mañana, cuando la recesión que amenaza haya amplificado su espantos, desencadenar las pulsiones destructivas más graves. Será tentador buscar chivos expiatorios para las dificultades crecientes. Algunos políticos los señalan ya: "Al igual que el pueblo romano, corremos el riesgo de ser invadidos por pueblos bárbaros, como los árabes, los marroquíes, los yugoslavos y los turcos –declaraba un antiguo ministro belga de Interior, Joseph Michel–, gentes que llegan desde muy lejos y que no tienen nada en común con nuestra civilización"¹⁸. Ideas seniles que pueden renacer de esta forma en cuerpos más jóvenes y convertirse en populares.

En los años treinta, el novelista Thomas Mann presintió el peligro: "El irracionalismo, que deviene popular, es un espectáculo horroroso. Se presiente que acabará resultando fatalmente una desgracia"¹⁹. En el clima actual de pesimismo cultural, y mientras resurgen las cuestiones nacional y social, de nuevo circulan por Europa las fuerzas de la extrema derecha. Permanecen al acecho de las decepciones de todos los

órdenes que un liberalismo descarnado no deja de suscitar. Aquí y allá, y especialmente en Europa occidental, se instala ya una especie de xenofobia tranquila que mil (malos) argumentos tratan de justificar.

La sinrazón se nutre de la ignorancia y la credulidad, de los mitos y las pasiones, de la fe y de espantos. Son éstos el alimento de toda religión, de toda superstición. Y el traumatismo económico que sufren actualmente las sociedades europeas puede transformar estos alimentos en elixires para una nueva barbarie.

El nazismo enraizó en un Alemania desconcertada, supo aprovechar el impacto de la depresión económica, de la mutación convulsiva del capitalismo y del traumatismo nacional. Es una mezcla explosiva a la que Europa se ve de nuevo confrontada. ¿Sabrán los ciudadanos movilizarse para evitar que se reproduzca tan nefasto precedente?

Referencias

- ¹ *El País* (Madrid), 7 de Noviembre de 1987.
- ² *Le Monde* (París), 22 de Noviembre de 1987.
- ³ *Le Monde* (París), 3 de Junio de 1992.
- ⁴ Cf. "L'homme en danger de science?" *Manière de Voir* (París), N° 15 (Mayo 1992).
- ⁵ Jacques Robin: "Des scientifiques en mal d'écologie". *Libération* (París), 13 de Junio de 1992.
- ⁶ Cf. *The Financial Times*, 15 de junio de 1992.
- ⁷ Peter Reichel: *La fascination du nazisme*. Odile Jacob. París 1993. Pág. 20.
- ⁸ Sigfried Kracauer: *De Caligari à Hitler*. Flammarion. París, 1987 (Hay traducción española con el mismo título: Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires 1961).
- ⁹ André Gisselbrecht, en su introducción a *Mario et le Magicien*. Flammarion. París 1983.
- ¹⁰ Citado por Jean Heffner: *La Grande Dépression*. Gallimard-Julliard (Col. "Archives", N° 64). París 1976.
- ¹¹ *Ibidem*.
- ¹² Cf. Ignacio Ramonet: *La golosina visual*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona 1983.
- ¹³ *Le Monde* (París), 18 de Abril de 1982.
- ¹⁴ *Le Monde* (París), 22 de Septiembre de 1984.
- ¹⁵ *Le Nouvel Observateur* (París), 14 de Agosto de 1987.
- ¹⁶ La Virgen María habría *aparecido* igualmente, en el transcurso del último decenio, en El Cairo, Rusia, Italia, España, Argentina, Yugoslavia...
- ¹⁷ Según un sondeo publicado por *Le Monde* el 1 de Octubre de 1986, el 46% del conjunto de los franceses "cree en los milagros".
- ¹⁸ *Le Monde* (París), 1 de Noviembre de 1987.
- ¹⁹ Cf. nota 9.

Ignacio Ramonet es director *Le Monde Diplomatique*.

Este artículo forma parte de *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo [Un monde sans cap]*, libro de Ignacio Ramonet publicado por la Editorial Debate (Col. "Temas de Debate") en 1997, y se reproduce con autorización del autor.